

Después buscó en sus bolsillos y encontró un frasquito de sales cuyo contenido no se había evaporado del todo.

Era muy poca cosa, pero esto fué suficiente para reanimar al pobre hombre.

Abrió los ojos.

A pesar de la obscuridad de la noche reconoció á los que le rodeaban.

Hizo un esfuerzo y aquel hombre tan fuerte, se levantó.

—¡Van Berkel!... ¡Guardaos!... Esperad, vamos á colocaros sobre uno de nuestros caballos.

—¡Dejadme!... El que me ha herido es un torpe; en la posición donde se hallaba hubiera debido comprender que sus brazos eran faltos de fuerza para herir mortalmente á un hombre á caballo. Y gracias á que tengo la cabeza fuerte...

—Estáis debilitado Van Berkel. Vamos á llevaros á la gruta.

—¿Debilitado? Has perdido la cabeza, compañero. ¿Es que un verdadero transvaliano se comporta como una señorita? ¡Vamos que me den un caballo y un camino!

El anciano jefe interrumpióse, miró alrededor de él buscó á ver en las tinieblas, si sus recuerdos volvían.

—¿Y mis compañeros?... ¿La francesita y el americano que me acompañaban? ¿dónde están?...

—Es lo que deseamos saber ¡ah! hablad, pues, señor Van Berkel. En nombre del cielo calmad nuestras angustias.

El anciano boer paróse de nuevo.

Vió los cuerpos de los dos caballos extendidos en el suelo.

Esto fué un rayo de luz.

—¡Sí ya me acuerdo!... Eran varios. El uno se puso delante de mí y cogió mi caballo por los hocicos: entonces sentí como si una roca cayera sobre mi cabeza... Después nada más. ¡El americano no

me socorrió; oí un grito: era la pequeña que llamaba en su ayuda. Se les atacaba por tanto á ellos también, acaso veían más personas que la que estaba ante mí. ¡Ah! ya comprendo. El tesoro... Los bandidos de la mina...

Las últimas palabras del jefe boer resonaron como un toque en los oídos de los asistentes.

No había duda posible.

La señorita Montecristo había sido robada y el americano, pagaba con su vida la abnegación por la joven.

Los nombres de los raptores estaban en labios de todos, pero nadie se atrevía á pronunciarlos.

Benjamín Coco no salía de su indignación, y, en su lengua gutural les dirigía una serie de maldiciones.

La señorita de Champigny suspiraba.

Paméla se deshacía en gemidos.

Van Berkel les impuso silencio.

—¡Haya tranquilidad, mujeres! A caballo y á la gruta de Macasa.

Montó sin ayuda la señorita Champigny en el caballo en que iba Paméla.

Y con el heroico estoicismo de los hombres de su raza, dió la señal de salida, rehusando el apoyo que el burgher y Benjamín le ofrecían.

Durante todo el camino Van Berkel guardó un obstinado silencio.

Estaba ensimismado en sus pensamientos, reservándose el hablar para cuando se hubiera reunido al resto de la tropa.

## IX

Un silencio mortal acogió las noticias llevadas por Benjamín Coco.

Pero este silencio era como la engañadon: calma que precede al desencadenamiento de una tempestad.

A la consternación general sucedió una